

CAPÍTULO VIII

Nuevos asesinatos de los prisioneros de Versalles. — Abuso del poder y dilapidaciones del Ayuntamiento. — Elección de diputados de la Convención. — Diputación de París. — Situación y proyectos de los girondinos; carácter de los jefes de este partido y del federalismo. — Estado del partido parisiense y del Ayuntamiento.

Mientras que los ejércitos franceses detenían en su marcha á los coligados, seguían reinando en París el tumulto y la confusión. Hemos presenciado ya los excesos del Ayuntamiento, los prolongados furores del pueblo en septiembre, la impotencia de las autoridades y la inacción de la fuerza pública durante aquellos aciagos días; se ha visto, en fin, con qué audacia confesó el Ayuntamiento los asesinatos, y hasta recomendó la imitación á las demás municipalidades de Francia. Sin embargo, los comisionados que envió aquella corporación fueron rechazados en todas partes, porque Francia no participaba de los furores que el peligro excitó en la capital; pero en los alrededores de París no se limitaron los asesinatos á los que ya conocemos. Habíase organizado en la capital una pandilla de asesinos, que familiarizados con la sangre por los asesinatos de septiembre, necesitaban verter más aún. Algunos centenares de hombres se habían puesto ya en marcha para ir á sacar de las prisiones de Orleáns á los acusados de alta traición. Según el último decreto referente á estos infelices, debían ser conducidos á Saumur; pero después se acordó otro punto, cuando ya estaban en camino, y se les condujo á París. Súpose el 9 de septiembre que debían llegar el 10 á Versalles, y al momento, ya fuese porque se dieron nuevas órdenes á la cuadrilla de asesinos, ó bien porque la noticia de esta llegada bastase para despertar su sanguinario ardimiento, invadieron á Versalles del 9 al 10. Al instante circuló el rumor de que se iban á cometer nuevos asesinatos: el alcalde adoptó todas las precauciones para impedir la repetición de las desgracias, y el presidente del tribunal del crimen corrió á París para advertir al ministro Dantón el peligro que amenazaba á los prisioneros: pero á sus repetidas instancias no obtuvo más contestación que esta: «*¡Esos hombres son bien culpables!*—Convenido, repuso el presidente Alguier; pero sólo la ley puede hacer justicia.— ¡Vaya! ¿No veis, replicó Dantón con voz terrible, que ya os hubiera contestado de otro modo si pudiese? ¿Qué os importan esos prisioneros? Volved al desempeño de vuestras funciones y no os cuidéis de ellos...»

Al día siguiente llegaron los prisioneros á Versalles: muchos hombres desconocidos se precipitaron al punto sobre los coches, cercáronlos para separarlos de la escolta, derribaron del caballo al comandante Fournier, apoderáronse del alcalde, que quiso sacrificarse generosamente en su lugar, y hecho todo esto, asesinaron á los infelices prisioneros, en número de cincuenta y dos. Allí perecieron Delessart y d'Abancour, encausados como

ministros, y también Brissac, como jefe de la guardia constitucional, licenciada durante la Legislativa.

Inmediatamente después de esta ejecución, los asesinos corrieron á las prisiones de la ciudad, y renovaron allí las escenas de los primeros días de septiembre, empleando iguales medios y parodiando como en París las formas judiciales.

Este último acontecimiento, ocurrido á los cinco días del primero, acabó de producir un terror universal. El comité de vigilancia de París continuó desplegando la mayor actividad: como la muerte acababa de vaciar las prisiones, comenzó á llenarlas, expidiendo nuevas órdenes de arresto. Estas últimas llegaron á figurar en tan considerable número, que el ministro del Interior, Roland, al denunciar á la Asamblea estos nuevos actos arbitrarios, pudo depositar en la mesa quinientas ó seiscientas, con una sola firma algunas, y las otras con dos ó tres; las más de ellas no se justificaban, y fundábanse muchas en una simple sospecha de *incivismo*.

Mientras que el Ayuntamiento se aprovechaba de su poder en París, enviaba comisionados á los departamentos á fin de justificar su conducta, aconsejaba su ejemplo, recomendando á los electores diputados de su elección, y pronunciábase contra los que le hacían oposición en la Asamblea Legislativa. Además de esto, apoderábase de inmensos valores, ocupando las sumas halladas en casa del tesorero de la lista civil, Mr. Septeuil; también recogió la plata de las iglesias, y el rico mobiliario de los emigrados, exigiendo del Tesoro considerables sumas bajo el pretexto de sostener la caja de auxilios y concluir las obras del campamento. Todos los efectos de los infelices á quienes se asesinó en las prisiones de París y en el camino de Versalles fueron secuestrados y depositados en las grandes salas del comité de vigilancia. El Ayuntamiento no quiso nunca presentar los objetos ni dar á conocer su valor, y hasta rehusó dar contestación alguna sobre este punto ni al ministro de la Gobernación ni al directorio del departamento, que, como ya sabemos, quedó convertido en una simple comisión de contribuciones. El Ayuntamiento hizo más aún: comenzó á vender de su propia autoridad el mobiliario de los grandes palacios, en los cuales se habían puesto los sellos desde la salida de sus propietarios. Inútiles fueron las prohibiciones de la administración superior: todos los subordinados encargados de la ejecución de las órdenes pertenecían á la municipalidad, ó eran demasiado débiles para obrar, y así es que aquéllas quedaban sin efecto.

La guardia nacional, reformada bajo la denominación de secciones armadas y compuesta de hombres de toda especie, se hallaba en un estado de completa desorganización. Tan pronto se inclinaba al mal, como le dejaba cometer por descuido; los puntos quedaban del todo abandonados porque los hombres de guardia, á quienes no se relevaba ni aun á las sesenta y ocho horas, retirábanse rendidos por la fatiga y el disgusto. Todos los ciudadanos pacíficos se habían retirado de aquel cuerpo, en otro tiempo tan regular y útil, y Santerre, que le mandaba, era demasiado débil y poco inteligente para reorganizarlo.

La seguridad de París dependía, pues, del acaso, y así es que el Ayuntamiento por una parte y el pueblo por otra podían emprender todo cuanto quisieran. Entre los despojos del trono, los más preciosos y por consiguiente los más codiciados eran los que se conservaban en el guardamuebles, rico depósito de todos los efectos que constituían en otro tiempo el esplendor de la corona.

Ya desde el 10 de agosto había despertado este depósito la codicia de la multitud, y más de una circunstancia excitó al inspector del establecimiento á vigilarle de cerca. Este funcionario había hecho repetidas reclamaciones para que le enviaran una guardia suficiente; pero bien fuese por efecto del desorden ó por la dificultad de acudir á todos los puntos, ó ya, en fin, por descuido voluntario, no se atendió á su demanda. En la noche del 16 de septiembre fué robado el guardamuebles, y la mayor parte de lo que contenía pasó á manos de desconocidos, siendo inútiles los esfuerzos de la autoridad para descubrir á los autores. Atribúyese el hecho á los que habían ordenado secretamente los asesinatos; pero en esto no mediaba ya la excitación del fanatismo ni de una política sanguinaria; y aun suponiendo que sólo presidiera en el robo la idea de adquirir, en el depósito del Ayuntamiento hubieran podido satisfacer mejor su ambición. Se ha dicho que se cometió para pagar la retirada del rey de Prusia, lo cual es absurdo, y para atender á los gastos del partido, lo cual es más verosímil; pero de todos modos, nada se ha probado. Por lo demás, el robo del guardamuebles debe influir poco en el juicio que haya de formarse del Ayuntamiento y de sus jefes. No es menos cierto que, depositaria de inmensos valores, la municipalidad no dió nunca cuenta de ellos; que los sellos aplicados á los armarios fueron rotos, sin que se violentasen las cerraduras, lo cual indica una substracción y no un pillaje popular, y que tantos objetos preciosos desaparecieron para siempre. Una parte de ellos fué descaradamente robada por subalternos, tales como Sergent, á quien se dió el sobrenombre de *Agata*, á causa de la preciosa joya con que se había engalanado, y la otra sirvió para sufragar los gastos del gobierno extraordinario instituido por el Ayuntamiento. Aquello era una guerra contra la antigua sociedad, y toda guerra se mancha con el asesinato y el saqueo.

Tal era el estado de París mientras se hacían las elecciones para la Convención Nacional. De esta nueva asamblea esperaban los ciudadanos honrados la fuerza y energía necesarias para restablecer el orden; creían que los cuarenta días de tumulto y de crímenes transcurridos desde el 10 de agosto, no serían sino un accidente de

la insurrección, deplorable, pero pasajero. Los mismos diputados que tanta tibieza mostraban en la Asamblea Legislativa, aplazaban su energía para aquella Convención, esperanza común de todos los partidos.

Las elecciones producían en Francia general agitación, influyendo mucho en ellas los clubs. Los jacobinos de París habían mandado imprimir y circular la lista de todos los votos emitidos durante la sesión legislativa, á fin de que sirviese de documento á los electores, designándose particularmente á los diputados que votaron contra las leyes propuestas por el partido popular, y sobre todo á los que habían absuelto á Lafayette. Sin embargo, en las provincias donde no habían penetrado aún las discordias de la capital, los girondinos, aun los más odiosos para los agitadores de París, eran citados por su reconocido talento. Reelegíase á casi todos los individuos de la actual Asamblea, y llamóse á formar parte de la Convención á muchos constituyentes excluidos de la primera legislatura por el decreto que prohibía la reelección: el corregidor Petión y Buzot figuraban en primer término. Entre los nuevos diputados se contaban naturalmente hombres que en sus departamentos se habían señalado por su energía y exaltación, y escritores que, como Louvet, se dieron á conocer por su talento en la capital y las provincias.

La facción violenta que había dominado en París desde el 10 de agosto se hizo dueña de las elecciones, y puso por delante á todos los hombres de su elección, siendo los primeros nombrados Dantón y Robespierre. Los jacobinos y el consejo del Ayuntamiento acogieron esta noticia con aplausos. Después fueron elegidos Camilo Desmoulins, famoso por sus escritos; David, notable por sus cuadros; Fabre d'Eglantine, conocido por varias obras dramáticas y por su gran participación en los trastornos revolucionarios; Legendre, Panis, Sergent y Billaud-Varennes por su conducta en el Ayuntamiento. A éstos se agregaron el síndico Manuel, Robespierre menor, hermano del célebre Maximiliano, Collot de Herbois, antiguo cómico, y el duque de Orleáns, que había renunciado sus títulos y se llamaba Felipe Igualdad. Por último, después de todos estos nombres, se vió figurar con asombro el del anciano Dussaulx, uno de los electores de 1789, el que se había opuesto tanto á los furores de la multitud, vertiendo tantas lágrimas por sus excesos: fué reelegido como un último recuerdo del 89 y como un buen hombre que no podía ser ofensivo para ningún partido. Faltaba en esta extraña reunión el cínico y sanguinario Marat, ser extravagante, que por la audacia de sus escritos tenía algo de sorprendente, aun para aquellos que acababan de ser testigos de las jornadas de septiembre. El capuchino Chabot, que dominaba en los jacobinos por su facilidad en el decir, y que buscaba allí los triunfos que no podía alcanzar en la Asamblea Legislativa, se vió en la precisión de hacer la apología de Marat; y como en el club de los jacobinos era donde se deliberaba todo de antemano, propúsose su elección, y fué aceptada en la asamblea electoral. Marat, un periodista, Frerón, y algunos otros individuos de obscura procedencia, completaron aquella diputación famosa, en la cual figuraban comerciantes, un carnicero, un cómico, un grabador, un pintor, un abogado, tres ó cuatro escritores y un príncipe caído, representando muy bien este conjunto la confusión y la variedad

de las existencias que se agitaban en la inmensa capital de Francia.

Los diputados llegaban sucesivamente á París, y á medida que su número iba siendo mayor y que se alejaban los días que habían producido un pánico profundo, renacía la tranquilidad y comenzaban todos á pronunciarse contra los desórdenes de la capital. El temor al enemigo disminuía también por la actitud de Dumouriez en el Argona; y el odio á los *aristócratas* se convertía en compasión desde el horrible sacrificio consumado en París y en Versalles. Estos delitos, que aprobaron tantos hombres extraviados, ó censores pusilánimes, parecían más horribles por el robo que acompañó al asesinato, excitando la reprobación general. Los girondinos, indignados por tantos crímenes, é irritados por la opresión personal que habían sufrido durante todo un mes, mostrábanse más firmes y enérgicos. Notables por su talento y su valor á los ojos de toda Francia, y porque invocaban la justicia y la humanidad, debían tener en favor suyo la opinión pública, y ya amenazaban atrevidamente á sus adversarios.

Sin embargo, aunque los girondinos se pronunciasen igualmente contra los excesos de París, no experimentaban ni excitaban todos esos resentimientos personales que envenenan los odios de partido. Brissot, por ejemplo, rivalizando siempre en elocuencia con Robespierre en el club de los jacobinos, le había inspirado un odio profundo; con sus luces y talento, Brissot producía mucho efecto; pero no tenía suficiente consideración personal ni bastante habilidad para ser jefe del partido, y lo que más le engrandecía era el odio de Robespierre, que le consideraba como tal. En la víspera de la insurrección, cuando los girondinos escribieron una carta á Bose, pintor del rey, circuló el rumor de haberse hecho un tratado, pretendiéndose que Brissot, cargado de oro, iba á marchar á Londres. No había nada de esto; pero Marat, á quien bastaban los rumores más insignificantes, y hasta los más desmentidos, para fijar sus acusaciones, se aprovechó de esta circunstancia para expedir una orden de prisión contra Brissot, cuando se procedió á la detención de los supuestos conspiradores del 10 de agosto. Siguióse un gran tumulto, y no se ejecutó la orden, pero los jacobinos no dijeron menos por eso que Brissot se había vendido á Brunswick. Robespierre lo repetía y creía, pues su falta de inteligencia le inducía á ver culpables en aquellos á quienes odiaba, y no aborrecía menos á Louvet, por haberse constituido en auxiliar de Brissot en los jacobinos y en el periódico *El Centinela*. Louvet, hombre de talento y de osadía, atacaba directamente á los hombres, y por sus virulentas personalidades reproducidas diariamente por un diario, llegó á ser el enemigo más peligroso y aborrecido del partido de Robespierre.

El mismo Roland había incurrido en el desagrado de todos los jacobinos y del Ayuntamiento por su valerosa carta del 3 de septiembre, y por su resistencia á las arbitrariedades de la municipalidad; mas no habiendo rivalizado con ningún individuo, sólo inspiraba cólera por sus opiniones.

No había ofendido personalmente más que á Dantón, oponiéndole resistencia en el consejo; pero esto era poco peligroso, porque el menos temible de todos los resentimientos era el del ministro de Justicia. En cuanto á Ro-

land, era principalmente aborrecido á causa de su mujer, que siempre altiva, severa, valerosa y dotada de talento, reunía á su alrededor á esos girondinos tan instruidos y brillantes, animándolos con sus miradas, recompensándoles con su aprecio, y conservando en su círculo, con la sencillez republicana, una cortesía odiosa á hombres oscuros y groseros. Los enemigos de Roland trataban de ponerle en ridículo, diciendo que su esposa gobernaba por él, que dirigía á sus amigos y hasta les recompensaba con sus favores. Marat, usando su vil lenguaje, llamaba á la señora de Roland la *Circe* del partido.

Por lo que hace á Guadet, Vergniaud y Gensonné, aunque alcanzaron gloria para la Legislativa y se opusieron al partido jacobino, no habían despertado aún todo el odio que excitaron más tarde; y hasta podemos decir que Guadet agradó á los republicanos enérgicos por sus ataques contra Lafayette y la corte. Guadet, hombre de genio vivo, y dispuesto siempre á lanzarse adelante, pasaba de los más grandes arrebatos á la mayor serenidad; y dueño de sí mismo en la tribuna, distinguíase siempre por lo oportuno de sus movimientos.

He aquí por qué, siguiendo el ejemplo de todos los hombres aficionados á un ejercicio en que sobresalen, debía abusar de él, complaciéndose demasiado en batir con la palabra á un partido que muy pronto le contestaría con la muerte.

Vergniaud no había inspirado tanta simpatía como Guadet á los hombres de espíritu violento, porque jamás mostró tanto ardimiento contra la corte; pero en cambio estuvo menos expuesto á resentirlos, porque en su abandono é indiferencia atacaba á las personas menos rudamente que su amigo Guadet. Como las pasiones le impresionaban poco, este tribuno dormitaba cuando se agitaban los partidos, y no saliendo nunca al encuentro de los hombres, hallábase menos expuesto á excitar su odio. Sin embargo, no era por eso indiferente; tenía un corazón noble, clara y despejada inteligencia, y cuando se inflamaba el tranquilo fuego de su espíritu, elevábase hasta la más sublime energía: no era tan rápido en la contestación como Guadet, pero animábase en la tribuna, y con su agradable y apacible voz expresaba sus pensamientos con una facilidad y facundia en que no le igualó hombre alguno. La palabra de Mirabeau era, como su carácter, enérgica y desigual; la de Vergniaud, siempre graciosa y noble, convertíase, según las circunstancias, en sublime y enérgica. Todas las exhortaciones de la esposa de Roland no bastaban siempre para despertar á este atleta, con frecuencia disgustado de los hombres, opuesto muchas veces á las indiscreciones de sus amigos, y poco convencido en particular de la utilidad de las palabras contra la fuerza.

Gensonné, hombre tan cuerdo como probo, pero mediano orador y únicamente capaz de hacer buenos dicámenes, había figurado muy poco hasta entonces en la tribuna; sin embargo, como tenía un carácter tenaz y vivas pasiones, llegó á adquirir gran ascendiente entre sus amigos, concitándose al propio tiempo el odio de sus enemigos, ese odio que despierta el carácter más bien que el talento.

Condorcet, marqués en otro tiempo y siempre filósofo, hombre de elevadas ideas, imparcial, que juzgaba perfectamente las faltas de su partido y no muy á pro-

pósito para las terribles agitaciones de la democracia, se hacía pocas veces visible, no tenía aún ningún enemigo directo, y se reservaba para todos los trabajos que exigían meditaciones profundas. Buzot, hombre de sano criterio, de elevación de alma, de valor, que unía á su arrogante figura una elegante á la par que sencilla facundia, se imponía á las pasiones por la misma nobleza de su persona y ejercía en torno suyo el mayor ascendiente moral.

Barbaroux, elegido por sus conciudadanos, acababa de llegar del Mediodía con un amigo, diputado como él, á la Convención Nacional: dicho amigo se llamaba Rebecqui, y era un hombre algo inculto, pero osado, emprendedor y entregado en cuerpo y alma á Barbaroux. Recordará el lector que este último idolatraba á Roland y Petión, y que consideraba á Marat como un loco atroz, y á Robespierre como un ambicioso, sobre todo desde que París le propuso por dictador indispensable. Indignado de los crímenes cometidos durante su ausencia, los achacaba de buen grado á unos hombres á quienes detestaba ya, y así se lo hizo saber á su llegada, con una energía que imposibilitó toda reconciliación. Inferior á sus amigos en cuanto á talento, pero dotado de inteligencia y facilidad, de gallarda presencia y valeroso, prorrumió en amenazas, y en pocos días se atrajo tanto odio como los que, mientras subsistió la Asamblea Legislativa, no habían cesado de herir las opiniones y los hombres.

El personaje en torno del cual se agrupaba todo el partido y que gozaba de reputación universal era Petión. Siendo corregidor durante la Asamblea Legislativa, había adquirido una inmensa popularidad por su lucha con la corte: verdad era que el 9 de agosto había preferido una deliberación á un combate, y que luego se pronunció contra los sucesos de septiembre, separándose del Ayuntamiento como Bailly en 1790; pero esta oposición tranquila y silenciosa, sin enemistarle aún con la facción, le había hecho más temible para ella. Dotado de muchas luces y de calma, hablando poco y no queriendo rivalizar en talento con nadie, ejercía sobre todos, y hasta sobre el mismo Robespierre, el ascendiente que ejerce una razón fría, equitativa y universalmente respetada. Aunque tenido por girondino, todos los partidos le buscaban, todos le temían, y en la nueva Asamblea, no sólo tenía de su parte la derecha, sino también el centro y gran número de diputados de la izquierda.

Tal era la situación de los girondinos ante la facción parisiense; tenían en favor suyo la opinión pública, que reprobaba los excesos; se habían hecho suyos á muchos de los diputados que llegaban diariamente á París; contaban con todos los ministros menos con Dantón, que á menudo preponderaba en el consejo, pero que no se valía de su influjo contra ellos, y por último, figuraba á su cabeza el corregidor de París, el hombre á la sazón más respetado. Mas en París no estaban en su centro, antes bien se hallaban en medio de sus enemigos, y debían temerle todo de la violencia de las clases inferiores, que se agitaban bajo ellos, y mucho más de la violencia del porvenir, que iba á crecer con las pasiones revolucionarias.

El primer reproche que dirigieron á los girondinos fué que querían sacrificar á París, después de haberles

imputado el propósito de refugiarse en los departamentos y mucho más allá del Loira. Como París se había portado muy mal con ellos desde las jornadas del 2 y 3 de septiembre, se les atribuyó la intención de abandonar la capital con tanto mayor motivo cuanto que se aseguró que habían querido reunir la Convención en otra parte. Poco á poco las sospechas adquirieron una forma más regular; reprochábanles el haber querido romper la unidad nacional, convirtiendo los ochenta y tres departamentos en ochenta y tres Estados, iguales todos entre sí y unidos por un simple vínculo federativo: añadáse que de este modo se proponían destruir la supremacía de París, y asegurar su dominio personal en sus respectivos departamentos. Entonces fué cuando se ideó la calumnia del federalismo. No es dudoso que, al amenazar los prusianos á Francia con una invasión, los girondinos pensaron en atrincherarse en sus departamentos en último apuro; también es cierto que al ver los excesos y la tiranía de París, dirigieron sus miras á los departamentos: pero de esto á un proyecto de régimen federativo había mucha distancia. Además, como toda la diferencia entre un gobierno federativo y un gobierno único y central consiste en la mayor ó menor energía de las instituciones locales, el crimen de semejante idea era vago por demás, dado caso que existiera.

Los girondinos, no viendo en todo esto nada de culpable, ni siquiera trataban de defenderse, y muchos de ellos, considerando indignados lo absurdo de la persecución dirigida contra este sistema, preguntaban si, en último resultado, la Nueva América, Holanda y Suiza no eran dichosas y libres con su régimen federal, y si se incurriría en un grave error ó en una falta destinando á Francia igual suerte. Buzot sostenía á menudo esta doctrina, y Brissot, gran admirador de los americanos, la defendía á su vez, pero más bien como opinión filosófica que como proyecto aplicable á Francia. Al divulgarse estas conversaciones dieron más peso á la calumnia del federalismo. En los jacobinos se discutió gravemente esta cuestión, suscitando gran encono contra los girondinos, pues suponían que trataban de deshacer el núcleo del poderío revolucionario y arrebatárle la unidad en que consistía su fuerza, con el único objeto de convertirse en reyes en sus provincias.

Los girondinos replicaron con reproches más positivos, pero también exagerados por desgracia, pues al perder su verdad perdían su fuerza. Motejaban á la municipalidad de haberse hecho soberana, de haber hollado con sus usurpaciones la soberanía nacional y de haberse arrogado un poder que á nadie sino á la Francia entera pertenecía. Le reprochaban sus pretensiones de querer dominar en la Convención, lo mismo que había oprimido á la Asamblea Legislativa; decían que residiendo cerca de ella, los mandatarios nacionales no tenían la seguridad debida, puesto que residirían entre los asesinos de septiembre: acusábanla de haber deshonrado la revolución durante los cuarenta días que siguieron al 10 de agosto, y de haber elegido diputados por París á los hombres que más se distinguieron en aquellas horribles saturnales.

Hasta aquí todo era cierto, pero luego añadían reproches tan vagos como los del federalismo, de que ellos mismos eran objeto, y acusaban públicamente á Marat, á Dantón y á Robespierre de aspirar al poder supremo;

á Marat, porque escribía diariamente que hacía falta un dictador para purgar á la sociedad de los miembros impuros que la corrompían; á Robespierre, porque había dogmatizado á la municipalidad y hablado con insolencia á la Asamblea, y además, porque la víspera del 10 de agosto Panís lo había propuesto para dictador á Barbaroux; y á Dantón, porque ejercía en el ministerio, en el pueblo y en todas partes donde se presentaba la influencia de un omnipotente. Les llamaban los triunviros, y sin embargo, había muy poca unión entre ellos: Marat no era más que un sistemático insensato; Robespierre, un envidioso, sin suficiente grandeza de ánimo para ser un ambicioso; y Dantón, un hombre activo, apasionado por el objeto que se proponía la revolución, y que en todo ponía mano más bien por ardor que por ambición personal. Pero entre estos hombres no había aún ni un usurpador ni conjurados de acuerdo entre sí, siendo por lo tanto imprudente dar á unos adversarios más fuertes que los que los motejaban la ventaja de ser acusados injustamente.

Sin embargo, los girondinos se encarnizaban menos con Dantón, con quien no tenían ninguna cuestión personal, y también con Marat, á quien despreciaban demasiado para atacarle directamente, que con Robespierre: contra éste se desencadenaban implacablemente, porque el éxito de lo que se llamaba su virtud y su elocuencia les irritaba mucho más, inspirándoles ese resentimiento que experimenta la verdadera superioridad contra la medianía soberbia y encomiada con exceso.

A pesar de todo, trataron de entenderse antes de la apertura de la Convención Nacional, y celebraron varias reuniones en las cuales intentaron explicarse francamente y terminar funestas rencillas. Dantón se prestó á ello de buena fe (1), porque desechaba toda idea orgullosa, y ante todo anhelaba el éxito satisfactorio de la revolución. Petión demostró mucha frialdad y buen

(1) Véase Durand-Maillanne, Dumouriez, Meilhán y todos los contemporáneos.

juicio; pero Robespierre no pudo disimular la acritud de un hombre resentido. Presentáronse los girondinos altivos y severos, como hombres inocentes é indignados que creen tener en sus manos la venganza asegurada.

Barbaroux dijo que no había alianza posible *entre el crimen y la virtud*, y se retiraron unos y otros más distantes de una reconciliación que antes de haberse visto. Todos los jacobinos se agruparon alrededor de Robespierre; los girondinos y los hombres sabios y moderados junto á Petión.

El parecer de éste y de los individuos más sensatos era que se debía abandonar la acusación, puesto que no parecía posible apoderarse de los autores de los asesinatos de septiembre y del robo del guardamuebles, no hablando más de los triunviros, toda vez que su ambición no se había probado suficientemente ni se había manifestado lo bastante para ser castigada. Añadieron que se debía despreciar una veintena de hombres de mala fe que se habían introducido en la Asamblea por las elecciones de París, y apresurarse á llenar el objeto de la Convención, hacer una Constitución y decidir la suerte de Luis XVI.

Tal fué el parecer de los hombres que reflexionaban fríamente; pero otros, menos serenos, concibieron según costumbre proyectos que, no pudiendo realizarse aún, ofrecían el peligro de advertir é irritar á sus adversarios. Propusieron suprimir la municipalidad, trasladar la Convención si era necesario fuera de París, constituirla en tribunal de justicia para juzgar sin apelación á los conspiradores, y organizar en fin para su custodia una guardia particular, formada con individuos de los ochenta y tres departamentos. Estos proyectos no tuvieron ninguna consecuencia ni sirvieron más que para irritar las pasiones. Los girondinos se apoyaban en la conciencia pública que, según ellos, iba á sublevarse al escuchar los acentos de la elocuencia y el relato de los crímenes que debían denunciar. Para este fin se citaron en la tribuna de la Convención, desde la cual pensaban aniquilar á sus adversarios.

LA CONVENCION NACIONAL

CAPÍTULO PRIMERO

Apertura de la Convención Nacional en 20 de septiembre de 1792. - Abolición de la monarquía y establecimiento de la república. - Primera lucha de los girondinos con los montañeses. - Denuncia de Robespierre y de Marat. - Declaración de la unidad y de la indivisibilidad de la república. - Distribución y fuerzas de los partidos en la Convención. - Cambios en el poder ejecutivo. - Dantón deja el ministerio. - Creación de diversos comités administrativos y del de la Constitución.

El 20 de septiembre de 1792 se reunieron en las Tullerías los diputados de la Convención para formar la nueva Asamblea. Siendo su número el necesario, constituyéronse provisionalmente, revisaron sus poderes y procedieron acto continuo á nombrar la mesa. Petión fué proclamado presidente casi por unanimidad, eligiéndose como secretarios á Brissot, Condorcet, Labaud Saint-Etienne, Lasource, Vergniaud y Camús: esta elección prueba cuál era entonces en la Asamblea la influencia del partido girondino.

La Asamblea Legislativa, que desde el 10 de agosto había estado en sesión permanente, recibió el 21 de septiembre á una diputación que se presentó para poner en su conocimiento que la Convención Nacional quedaba constituida y que había terminado la legislatura. Las dos Asambleas no tenían que hacer más que confundirse, y la Convención fué á ocupar la sala de la Legislativa.

Manuel, síndico del Ayuntamiento, suspendido después del 20 de junio con Petión, había llegado á ser muy popular, por este hecho mismo; alistóse desde entonces con los furiosos del Ayuntamiento, pero alejándose después de ellos, se inclinó más á favor de los girondinos á consecuencia de los asesinatos de la Abadía. El mismo día 21 Manuel presentó una proposición que produjo grandes rumores entre los enemigos de la Gironda; decía así:

«Ciudadanos representantes: es preciso que todo respire aquí un carácter de dignidad y de grandeza que imponga al universo. Pido que el *presidente de Francia* habite en el palacio nacional de las Tullerías; que le preceda la fuerza pública y las insignias de la ley, y que los ciudadanos se levanten á su presencia.» Al oír tales palabras, el jacobino Chabot y el secretario del Ayuntamiento, Tallián, se pronuncian vivamente contra este ceremonial, imitado de la monarquía; el primero dice que los representantes del pueblo deben semejarse á los ciudadanos de quienes proceden, á los descamisados, que constituyen la mayoría de la nación. Tallián añade que se irá á buscar al presidente de la Convención á un quinto piso, y que allí es donde residen el genio y la virtud. La proposición de Manuel es por lo tanto re-

chazada, y los enemigos de la Gironda pretenden que se han querido conferir á Petión los honores de la soberanía.

A esta proposición se suceden seguidamente otras muchas: todos quieren consignar por declaraciones auténticas los sentimientos que animan á la Asamblea y á Francia. Piden que la nueva Constitución tenga por base la igualdad absoluta; que se decrete la soberanía del pueblo; que se jure odiar la monarquía, la dictadura, el triunvirato ó cualquiera otra autoridad individual, y que se imponga la pena de muerte á quien propusiera algo semejante. Dantón pone término á todas las proposiciones, haciendo decretar que la nueva Constitución no será valedera hasta después que la haya sancionado el pueblo. Añádese que las leyes existentes continuarán en vigor por el pronto; que las autoridades que no hayan cesado se respetarán provisionalmente, y que se percibirán los impuestos como antes, hasta que rijan los nuevos sistemas de contribución.

Después de estas proposiciones y decretos, Manuel, Collot-d'Herbois y Gregoire provocan la cuestión de la monarquía, pidiendo que se pronuncie su abolición en el acto. «El pueblo, dicen, acaba de ser declarado soberano; pero no lo será realmente hasta que le libréis de una autoridad rival, que es la de los reyes.» La Asamblea y las tribunas se levantan para expresar su reprobación unánime contra la monarquía; pero Bazire quisiera una discusión solemne sobre cuestión tan importante. «¿Qué necesidad hay de discutir, replica Gregoire, cuando todo el mundo está de acuerdo? Las cortes son el taller del crimen, el foco de la corrupción; la historia de los reyes es el martirologio de las naciones: estando todos nosotros igualmente penetrados de estas verdades, ¿qué necesidad hay de discutir?»

Se da, en efecto, por terminado el debate; reina un profundo silencio y, por declaración unánime de la Asamblea, el presidente declara que la monarquía queda abolida en Francia. El decreto es acogido con unánimes aplausos, y dispónese su inmediata publicación, comunicándose á los ejércitos y á todas las municipalidades.